

Entre el antinomismo y el pelagianismo

La resistencia de Wesley a la licencia y el legalismo en la vida cristiana

Resumen de un documento presentado por David L. Watson a la consulta “En su propia lengua: A Global Consultation on Las Obras de Wesley”, Bristol, Inglaterra: 15 al 19 de julio de 2001

El evangelio y la ley

En diciembre del 1751, Juan Wesley escribió una carta respondiendo a la crítica que sus predicaciones eran “secas y legales”. El asunto al cual él se dirigió fue la diferencia entre la predicación del evangelio como un mensaje cristocéntrico por un lado, y por otro lado, un mensaje que en su esencia era antropocéntrico. Aquél presentaría las verdades de la salvación de Dios en Cristo Jesús; éste presentaría los atractivos de una espiritualidad genérica que la humanidad muchas veces anhela.

Wesley identificó una doble tensión: predicar el evangelio y predicar la ley. El primero “engendra la fe” en los pecadores penitentes. El otro “sostiene y aumenta la vida espiritual en los creyentes verdaderos”. Pero, ¿cómo se sostiene y se madura la vida espiritual en la misma medida en que está engendrada?

El razonamiento de Wesley entretiene una dialéctica elocuente. Algunos piensan que se debe predicar nada más que la ley, otros nada más que el evangelio. “Yo pienso,” sigue Wesley, “que ni lo uno ni lo otro, sino mezclar ambos debidamente, en todos los lugares, si no en todos los sermones”. Mientras mantenemos el amor de Cristo como eje central del mensaje, el predicar la ley enseñaría a los creyentes “como andar en aquél a quien han recibido”.

Los llamados “predicadores del evangelio”

Wesley entonces identificó “una *nueva* manera de predicar (completamente nueva para los metodistas), hablando mucho de las promesas, poco de los mandamientos” del evangelio. La señal de estos “llamados ‘predicadores del evangelio’” fue cierto grado de auto-exaltamiento, y la preocupación mayor de Wesley era el efecto de estos predicadores en las personas que escucharon sus sermones. Ellos “contaminan su gusto, para que no puedan saborear la doctrina sana; y malogran su apetito, para que no puedan convertirla en alimento”.

Un asunto del corazón y de la vida

En los primeros años de la década de 1750 hubo una transición en la predicación de Wesley. Se señaló este cambio en cinco sermones, los cuales trataron el problema pastoral del antinomismo. Wesley había encontrado este problema temprano en su ministerio: en 1739 se confrontó con el “quietismo” de la Sociedad de Fetter Lane y en la Conferencia de 1745, se esforzó para explicar como un mensaje evangélico con tanto énfasis en la gracia siempre llegaría al borde (“dentro de la anchura de un pelo”) de tal error. Su propio ministerio fue antítesis de esto – con el poder del Espíritu Santo, sin embargo, moldeado por las enseñanzas de Jesús.

Cristo, todo en todo

Los cinco sermones publicados en 1750 fueron colmadamente cristocéntricos. Sólo al enfocar el discipulado cristiano en la Segunda Persona de la Trinidad se puede sostener un equilibrio saludable entre la fe y las obras, y así evitar los errores gemelos de la licencia (libertinaje) y el legalismo. Es ir contra la corriente de muchos tipos de espiritualidad y eclesiología en nuestra propia época, una época caracterizada por el cristianismo consumista por un lado y por el otro, una gama de programas eclesiásticos basados en la eficacia de un mercado abierto religioso. Juntos abastecen el neo-gnosticismo de una religión popular estadounidense.

Antropocentrismo teológico

Mucho de este fenómeno brota de una cristología baja procediendo de una disyuntiva teológica entre la naturaleza y la gracia en la cual se ha movido las manifestaciones de la gracia de Dios hacia la respuesta de fe de los creyentes en vez de mover hacia las implicaciones más amplias de los méritos de la obra redentora de Cristo. En vez de que Cristo sea el factor o elemento constante y la respuesta humana el variable, la fe humana llega a ser el elemento constante, haciendo de Cristo el elemento variable en la vida de los creyentes, sometido a las influencias culturales. Entonces, se ha hecho de las varias tradiciones protestantes muy susceptibles a sus contextos culturales.

Nuevos antinomismos

En la iglesia occidental en los últimos años del siglo XX, y dondequiera que su poder económico compre su influencia, este fenómeno ha creado una percepción popular de que el conocimiento de Dios, y de Cristo en particular, es un privilegio personal y privado. Por ende, el centro de la autoridad religiosa se vuelve la experiencia y auto-realización personal en vez de la revelación divina a través de la persona y enseñanzas de Jesús de Nazaret. El resultado es precisamente el antinomismo práctico que Wesley confrontó en los años de 1750.

Nuevos pelagianismos

Otro resultado de este antropocentrismo es una dependencia en técnicas pastorales que pone al Cristo resucitado en las márgenes de la vida y obra de la iglesia. En vez de ofrecer el evangelio como la iniciativa llena de gracia de Dios en Cristo, con una libertad de responder que en sí misma es una obra misteriosa de gracia, una y otra vez el objetivo de alcance misional y de actividad congregacional ha sido provocar un resultado preconcebido; este resultado preconcebido, en la mayoría de las veces, es para el beneficio de la iglesia en vez del *basileia tou theou*. Lo que falta frecuentemente en estas actividades, loables en términos del esfuerzo, es el elemento de “empoderamiento” (empowerment) espiritual derivado de la obediencia gozosa del discipulado.

Implicaciones para el discipulado

Todo esto dice claramente que todavía hay mucho que aprender de la discusión entre Wesley y sus “predicadores voluntariosos”. El escándalo de nuestra introspección eclesiástica es la distracción que provee de las enseñanzas prácticas de Jesús, a las cuales muchos miembros de la iglesia se comprometerían su tiempo y energías si se les diera un poco de liderazgo pastoral. En el sermón de Wesley “On Zeal”, la suerte está echada. Todo cristiano debe mostrar entusiasmo por las obras de piedad, “sin embargo, mucho más por las obras de misericordia. . . . Dondequiera, entonces, la una interfiere con la otra, las obras de misericordia deben ser las preferidas. Hasta el leer, el

escuchar, y la oración deben ser omitidas, o postergadas, ‘cuando la caridad llama’’. [Traducción de la traductora]

Un dilema pastoral

La perspicacia de Wesley también expone el dilema pastoral en el cual muchos clérigos se encuentran: servir a Jesucristo y de veras guiar a su pueblo en las enseñanzas de él, o aceptar las normas culturales del éxito. La respuesta al dilema se radica en establecer unos criterios para el discipulado que desafiarán al dominante antropocentrismo de la iglesia y nos enfocarán en una hermenéutica cristocéntrica: un evangelio que, mientras toma en cuenta la respuesta humana, no es gobernado por la demanda popular. La preocupación pastoral de Wesley fue proclamar un mensaje de salvación radical con un llamado correspondiente al discipulado responsable, y con los medios para hacerlo real en medio de la vida real. En la medida en que las sociedades metodistas proveyeron tales medios, los metodistas modernos podrían emitir tal llamado.

El tiempo ha llegado para que el Tercer Mundo “vele en amor” a nosotros en la iglesia occidental. La publicación de *Las obras de Wesley* provee un recurso significativo para esto, particularmente para nosotros que estamos preocupados en ser pastores del rebaño y no asalariados.

Algunas citas de *Las obras de Wesley*

La pregunta no se refiere al corazón, sino a la vida. El tenor general de ésta no quiero decir que no se pueda conocer, sino que no se puede esconder, sin algún milagro. (Diarios, 8 de marzo de 1747: *Obras*, XIII:241-242)

¡Cuánto mejor es, cuando se puede hacer, *llevar* la ayuda a los pobres que enviarla! (Diarios, 24 de noviembre de 1760: *Obras*, XII:111)

Después, el Señor de todo preguntará, “¿cómo empleaste los bienes que te confié en tus manos?” (Sermones, *El buen mayordomo*: *Obras*, III:255)